FILOSOFÍA CONYUGAL

QUÉ CASADO no recuerda con delectación sus primeros treinta días de matrimonio? La tierra parece más hermosa, el aire más puro, el cielo más brillante. ¡Oh dulcísima luna de miel!.... Pero luego vienen las amarguras, la fecundidad con sus cuidados ó la esterilidad con sus desconsuelos, los fastidios amorosos ó los antagonismos personales, la carencia de recursos ó la lucha de intereses. Y que no vengan, con las envidias inherentes á las opuestas familias, el despilfarro en la mujer, el juego en el marido, los celos de una ú otro y los mutuos insultos y escándalos.

Muy despacio conviene, pues, discurrir sobre el negocio más importante de la vida. «Antes que te cases, mira lo que haces», aconseja el refrán. Y se quedó corto. Porque nada habló del «después».

A fin de dominar ambos tiempos, hazaña superior á las de Hércules, allá va una docena de máximas, que envié años atrás á un amigo soltero que me las pedía.

I.

Dará prueba de incauto quien llame débil al sexo femenino. Lo que no pudo á veces el heroísmo de un ejército de veteranos, lo pudo el llanto de una joven anémica.

II.

Huye de la mojigata, pero también de la librepensadora. La cristiana sin gazmoñería representa el tipo del ideal perfecto.

III.

«Cada oveja, con su pareja». Y lo que más parea no es el nacimiento ó el caudal, sino la bondad y la educación. Huye igualmente de la hembra que carezca de aquellas circunstancias, porque si de *tío* á *tía* no va nada, de *caballero* á *tía* va todo.

IV.

Nadie, hombre ó mujer, debiera casarse sin previos estudios de Música, hasta dominar el fundamento de la Composición, la ciencia de los acordes, la Armonía.

V.

Fíjate menos en lo que lleve tu compañera que en lo que necesite para sus gastos. Las hay que necesitan para ellas solas su hacienda y la de su marido. Y gracias que no piensen en la de algún otro.

VI.

¡Cuántas veces el matrimonio con una rica, espejuelo de alondras, equivale á un suicidio! Se vende la libertad, la salud, la vida, á cambio de cuatro garbanzos revueltos con bilis, mascullados al compás de regüeldos de hiena y mordiscos de víbora.

VII.

Como una dote metálica se pierde cuando menos se piensa, en tanto que las dotes personales duran siempre, resulta que una *mujer de su casa* vale más que una *mujer de dinero*. Con aquélla ó con ésta nunca olvides tu carrera ó tu oficio, que en el primer caso garantizará la independencia de ambos cónyuges, y en el segundo la tuya, contra las invasiones del extranjero. Y excuso advertirte que el extranjero aquí suelen ser los parientes de la esposa, dados á recordar los beneficios que dispensan y á olvidar los que reciben.

VIII.

¡Una inclusera! ¡Una consorte que te ahorre el conocimiento de suegros, de cuñados, de primos!..... ¿Qué mayor tesoro?

IX.

En el hogar doméstico conviene un sistema de gobierno tan distante de la autocracia de Nerón como de la anarquía de Bakounine. Al cabo, la mujer es al marido lo que el Consejo de Estado al Rey: un cuerpo consultivo. Y conste que de cien veces las setenta y cinco debemos seguir su dictamen, pero sin tomar por bueno el malo, según hizo Adán con el primer dictamen de Eva, causa de nuestra ruina.

X.

Para que tarde en extinguirse la llama del amor y sea reemplazada en su día por «la más santa amistad», que dice San Ambrosio, cuiden los casados de no abatirse en la desgracia, ni desvanecerse en la fortuna, y de tratarse siempre con el mutuo debido respeto.

XI.

Cuando dos cónyuges se hagan incompatibles, ¿á qué insultarse y golpearse como personas de baja estofa? El inocente cubrirá de flores al que no lo es, aunque ausentándose lo más pronto y lejos que pueda. Lo cortés no quita á lo divorciado.

XII.

La enfermedad y la miseria suelen acometer alevosas los hogares más felices. Pues bien: con objeto de prevenirlas, urge prohibir indefectiblemente el matrimonio entre primos hermanos, de cuyas uniones nacen la mayor parte de los escrofulosos, epilépticos, locos y paralíticos; y urge, sobre castigar con crecida multa el celibato, prohibir el matrimonio entre ricos, á menos que éstos no dedicaran un 2 por 100 de sus capitales á facilitar los enlaces entre pobres, trabajadores y honrados: contribuciones ambas que, al coadyuvar al equitativo reparto de bienes, irían cortando las garras de la esfinge internacionalista.

°°°

Fiel observante de esta especie de Ley de las Doce Tablas, mi amigo, insigne pintor, vive hoy y espera continuar viviendo dichoso, en cuanto cabe serlo aquí abajo, al lado de una buena y linda cónyuge.

Si algo lamenta, ya que algo hayamos de lamentar todos, es la desgracia, ó suerte, de carecer de un par de chicuelos á quienes legar su apellido y su estudio.

—El que muere consolado por un hijo—murmura—puede decirse que no muere, pues que deja su existencia prolongada á otras generaciones.

—¿Qué hijos más imperecederos que tus obras?—le replica su digna compañera.

Y una sonrisa de amor desvanece la única ráfaga de aquel cielo sin nubes.

¡Ojalá brillara así el cielo de algunos matrimonios!

ABDÓN DE PAZ.

EL MENDIGO

(IMITACION DE CATULO MENDES)

Á la orilla sentado del camino,
Triste, solo, y de harapos mal cubierto,
Á un gran señor que pasa
Limosna pide un viejo.
—¡Por caridad, le dice, socorredme!
Yo fuí rico cual vos en otro tiempo,
Y hoy miserable vivo
Sin hogar y sin lecho.—
Una moneda de oro deposita
En sus rugosas manos el viajero,
Y «¡gracias!» el mendigo
Repite sonriendo.
—Á la vista no más de esta moneda
De mi fortuna y juventud me acuerdo
Mis ilusiones tornan,
Aun en la dicha creo.—

Precedido de bélicos clarines
Y de laureles mil doblado al peso,
Por el camino cruza
Un paladín soberbio.
—¡Señor, grita el anciano, una limosna!
También de la victoria gané el premio,
Aunque olvidó la patria
Mi generoso esfuerzo.—
Un ramo de laurel á sus pies deja
El vencedor, la hueste deteniendo,
Mientras el pobre exclama
Señalándole al cielo:
—¡Que os guarde siempre Dios! en estas hojas
Mis triunfos y mi nombre escritos veo;
Y al aspirar su esencia
Aun con la gloria sueño.

Una preciosa joven aparece
Del vecino castillo en el sendero,
Seguida y requebrada
Por gallardo mancebo.
Tristemente inclinando la cabeza
—Que seas muy feliz—murmura el viejo;—
Si amas y eres amada,
Ya estás cerca de serlo.
¡Ay! yo lo fuí también: bellas mujeres
Reposaron cansadas en mi seno,
Y de sus labios rojos
La copa me ofrecieron.—
Conmovida la niña dice al joven:
—Si tú me lo permites, dulce dueño,
Dar quisiera á este anciano
La limosna de un beso.
—Aunque él te lo permita, yo, señora,
Del sacrificio relevarte debo—
Interrumpió el mendigo
Con doloroso acento.—
Un ramo de laurel, una moneda
Pueden las ilusiones devolvernos,
Y de perdidos goces
Evocar el recuerdo.
Mas besos ofrecidos de limosna,
En nevado erial chispas de fuego,
Resucitar no pueden
Los corazones yertos.
Pasad, alegres jóvenes, de largo,
Y pasad muy de prisa y en silencio,
Pues no hay para un difunto
Martirio más horrendo
Que sentir arrullarse dos palomas
Sobre el ciprés obscuro y macilento,
¡Inmóvil centinela
Del triste cementerio!

MANUEL DEL PALACIO.

MISTERIOS DEL ALMA

Al mirarte reir constantemente,
Todos deben creer
Que eres dichosa y para tí no existen
Hoy, mañana..... ¡ni ayer!
Pero si en el abismo de tu pecho
Lograran penetrar,
Conmigo exclamarían: «¡Desgraciada!
¡Si no sabe llorar.....!»

EDUARDO SÁNCHEZ DE CASTILLA.

EL POZO DE SANTA CASILDA

I.

A principios del siglo XI, el rey moro de Toledo, llamado, según algunos cronistas, Canón, según otros, Aldemón, antecesor de Alimenón, á quien D. Nicolás Moratín hizo en toda España célebre con su romance

«Madrid, castillo famoso
Que al rey moro alivia el miedo.....»

tenía una hija, dechado de belleza corporal y maravilla de hermosura del alma.

Casila ó Casilda, que con los dos nombres la citan los que escribieron su panegírico, aunque prevaleció definitivamente el segundo, había nacido para demostrar lo que es un ángel sobre la tierra. Desde sus primeros años la inflamaba el fuego de la caridad, que ejercía con incansable afán, con júbilo indecible. Joyas, preseas, trajes recamados, oro, cuanto podía poseer por su estirpe y por las riquezas de su padre, todo se convertía en elemento de auxilio para los infortunados, á quienes buscaba y encontraba por muy ocultas que estuviesen sus angustias y pobreza.

Llamó su atención ¿cómo no había de llamarla? y constituyó el objeto principal de sus anhelos la tristísima situación de los pobres cautivos cristianos, que al Rey su padre llegaban con frecuencia por centenares, y encerrados en lóbregas mazmorras, como rebaños de carneros, con escaso y mal alimento, sin salir al aire más que para rudos trabajos y sometidos al palo y al látigo de sus inexorables guardianes, presentaban el aspecto de la muerte, pálidos, demacrados, sin hallar compasión de su infortunio ni otra cosa que miradas de fiera saña ó profundo desprecio para sus miradas de dolor y de intensa amargura.

Casilda se constituyó en su protectora, en otra misericordiosa Providencia: no sólo les llevaba el consuelo de su presencia, bondad y palabras de inefable esperanza, sino también abundante alimento, que les repartía con su propia mano. El rey la proveía con alta munificencia para sus gastos y los de su numerosa servidumbre, y lo primero que hacía era separar las dos terceras partes para sus protegidos cautivos. ¡Cuántas bendiciones que salían de las mazmorras volverían desde el cielo sobre aquella alma elegida!

Probablemente la envidia y el feroz espíritu de secta pusieron á la esclarecida doncella en un duro trance, del cual la sacó victoriosa la protección de lo alto, quien la había dotado de espíritu sobrehumano é infundido en su corazón el fuego de la caridad, el soplo de la vida de los ángeles. Se la acusó ante el Rey de sér favorecedora y partidaria de los cristianos cautivos, á quienes todos los días llevaba personalmente un abundante alimento, del cual eran indignos, y mucho más de que lo suministrara la hija de un defensor del Profeta. El dolor y la ira que le produjo tan terrible acusación fueron tanto más grandes cuanto que amaba entrañablemente á su hija: la lucha entre el cariño y los sentimientos de creyente, entre padre y rey mahometano, fué tempestuosa: se resistía á creer en tal infidelidad religiosa por parte de la joven Princesa; mas las afirmaciones eran decisivas y se le ofrecía la prueba para aquel mismo día.

No quiso el Rey confiar en ajeno testimonio, y se decidió á adquirir por sí propio el convencimiento. En el sitio y hora que le habían indicado, apareció de repente, sorprendiendo á Casilda, que llevaba la antefalda llena de pan y viandas para los cautivos.

—¿Qué llevas?—preguntó airado y convencido de la certeza de la acusación.

Sin vacilar y mirando dulcemente á su padre, contesta Casilda:

—Rosas.

Mas airado por lo que suponía ser un engaño, la intima que descubra lo que lleva cuidadosamente cubierto, y encuentra ser verdad lo que le acaba de decir su hija: la antefalda estaba llena de rosas. Entonces el Rey convirtió la ira contra los calumniadores de Casilda, á quienes dió en rostro con su maldad, amenazándoles con su cólera si volvían á poner en lenguas el nombre de la inocente joven.

Dicen algunos biógrafos de la santa doncella que no fué objeto de la sorpresa y pesquisa del Rey lo que Casilda llevaba en su vestidura, sino las canastas que conducían sus servidoras, y al ser descubiertas aparecieron llenas de rosas. El asunto es mínimo y de todo pudo haber; mas los pintores, aceptando la versión de carácter más íntimo y personal, han representado á la santa sin acompañamiento y mostrando á su padre el delantal lleno de rosas.

¿Faltó á la verdad Casilda al dar á su padre la respuesta que dió? Llevaba pan y viandas y dijo que eran rosas. En aquel momento era verdad, y el suceso lo demostró cumplidamente: no era ella quien hablaba, sino quien había obrado tan maravillosa transformación. *Non estis vos qui loquimini.....*

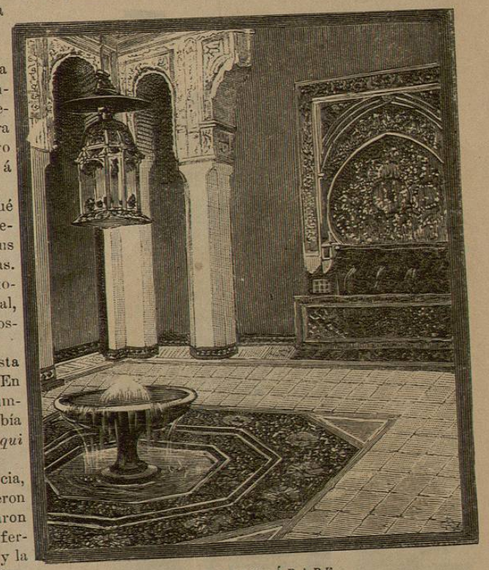
Enfermó la caritativa y angelical Princesa, y la dolencia, peculiar del sexo, hacía funestísimos progresos. Acudieron por mandado del Rey los más afamados médicos; agotaron todos los recursos de su arte y de su ingenio, mas la enfermedad no cedía; faltaban ya las fuerzas á la paciente y la vida se iba extinguiendo con lamentable rapidez. Profundamente pesarosos y humillados en su amor propio profesional, hubieron los médicos de anunciar al Rey que no encontraban remedio para su hija y que la muerte la acechaba ya como á una próxima presa.

El intenso dolor de aquel padre tuvo un lenitivo en la esperanza. Difundido por el regio alcázar el rumor de tan triste anuncio, llegó á oídos de los cautivos cristianos, que agradecidos á los beneficios de la Princesa se apresuraron á hacer llegar hasta el Rey la venturosa nueva de que en Castilla, en la región de Burgos, había una fuente cuyas aguas maravillosas devolvían la salud á cuantas padecían la enfermedad que aquejaba á su hija y las análogas ó que reconociesen por causa la extravasación de la sangre.

Convencido por el testimonio de cuantos cautivos quiso oir, surgió en su ánimo una duda: ¿podría él, príncipe mahometano, consentir en que su hija pasara á tierra de infieles, aun cuando fuese para recobrar la salud perdida y librarse de la muerte que como segura y próxima habían pronosticado los entendidos en el arte de curar? El asunto era grave, y de nuevo surgió la lucha entre el padre y el sectario; del sectario en todos los tiempos intransigente y en aquellos feroz por los odios de raza y rencores de religión.

«*Rex*—dicen los biógrafos de la esclarecida doncella toledana—*ad Concilium retulit. Visum omnibus est regiæ virginis saluti consulendum esse.*» «El Rey llevó el asunto á su Consejo. Todos fueron de parecer de que debía atenderse á salvar á la regia virgen»; es decir, de que se la enviase á beber las aguas de la fuente milagrosa.

Aquí algunos cronistas afirman que el Rey moro de Toledo pidió al de Castilla (habría sido al Conde) el permiso



PATIO ÁRABE.

para el libre paso de Casilda por tierras de sus dominios y permanencia en el lugar ó sitio de las aguas saludables; permiso pronta y caballerosamente concedido por el castellano; aunque á decir verdad no sería necesario, si, como escriben otros panegiristas, la Princesa salió de Toledo y se dirigió á tierra de Burgos, *Deo monstrante iter.*

El hecho fué que llegó á Briviesca y de allí en seguida al término de su viaje.

II.

En lo alto de la peñascosa sierra que corre por el Norte de Briviesca y toda la comarca de la Bureba hay, y en aquellos tiempos había, un santuario erigido en honor de San Vicente, diácono, glorioso mártir de principios del siglo IV, uno de los innumerables de la persecución de Diocleciano. Entre sus milagros habían sido y eran de los más admirados las curaciones de todas las hemorragias. La devoción,

sostenida y aumentada por los prodigios, á todos visibles, hacía de aquel santuario uno de los más celebrados de España. Allí están los pozos de las aguas milagrosas, aunque

LA ORACIÓN DEL MUEZÍN.

los que han escrito del martirio y milagros de San Vicente dicen que no está la eficacia en las aguas, sino en la intervención del santo y en la fe de los que á ellas recurren.

Allá fué Casilda y allí se encontró instantáneamente libre de su terrible enfermedad y restituída á la salud, vigor y lozanía de que la había privado. No quiso apartarse ya de aquel sitio; dispuso que junto al santuario se la edificase vivienda para sí y sus sirvientas, y después de muy larga vida, fecundísima en milagros, murió delante del altar de San Vicente, dirigiendo á Dios su ferviente y último ruego, el de que todos los que acudiesen á aquel santuario en busca de remedio para dolencia de sangre obtuvieran el beneficio que allí había recibido; la curación completa de su mal.

III.

La devoción que ya en vida inspiró la santa; el hallarse su cuerpo encerrado en magnífico mausoleo dentro del santuario, y el transcurso del tiempo, hicieron que desapareciera para los habitantes de aquella comarca la denominación de San Vicente y sólo quedara la de *Santuario de Santa Casilda*, con la cual es célebre desde hace siglos. La piadosa tradición ha conservado el espíritu de caridad que animaba á la santa titular: en su hospedería se da gratuitamente albergue á cuantos van en cristiana romería á invocar su protección.

Hay dos pozos, uno de los cuales se conoce con el nombre de *Pozo de San Vicente;* el otro, con el de *Pozo de Santa Casilda.*

Al primero, conservando fielmente la historia de los milagros que obró el santo mártir y la especialidad de su patrocinio, acuden cuantas padecen enfermedad análoga á la que afligió en su primera juventud á Santa Casilda. En sus aguas lavan las ropas interiores las aquejadas por tal dolencia, y con ello encuentran el anhelado remedio. El escepticismo y la incredulidad pueden reirse tanto de lo que yo digo aquí, como de lo que se hace allí; mas hay una observación muy sencilla para recomendar alguna seriedad á tales risueños: más de diez siglos hace que se practicaba lo que hoy todavía se practica: ¿se habría estado por más de mil años trepando á aquella altura para lavar ropa de enfermas, si no se hubiese experimentado la eficacia de semejante operación? ¿Habrían resistido cuarenta generaciones, por grande que fuera su fe, al desconsuelo de un constante desengaño?

El segundo, el llamado de Santa Casilda, por una singularísima transformación en las ideas y tradiciones y sin que conste claramente su origen, es objeto de bien distintos votos, de especialísima devoción y verdadera fuente de esperanzas. Al propio tiempo que en las súplicas para la curación de enfermedades de sangre, se invoca la intercesión conjunta de San Vicente y Santa Casilda, y más la de esta celestial abogada que la del santo mártir, ha quedado el primer pozo como remedio material de la enfermedad, y el de Santa Casilda como recurso para las estériles; para la que quiere convertirse en *matrem filiorum letantem.*

La castísima doncella de Toledo se convirtió, sabe Dios cuándo, en abogada de la fecundidad.

A su santuario van, con ardiente fe, con fundada esperanza, las romeras anhelantes de posteridad, y después de orar ante el sepulcro de la Santa, pidiendo el beneficio de la sucesión, se dirigen solícitas al pozo, y siguiendo secular costumbre, ejecutan un acto al parecer de suprema puerilidad, y que no es fácil saber ni calcular cuándo y por qué inventaría la imaginación femenil. Por cada hijo que desean arrojan al pozo una piedrecita, y por cada hija un trocito de teja.

Aquí de la anterior observación. ¿No ha de causar risa al indiferente y descreído lo de la piedrecita y el trozo de teja? Y sin embargo, desde hace siglos el pozo se llena de pequeñas piedras y tejas; se limpia y se vuelve á llenar, y no hay visos de que cese esta faena. ¿Por qué será? ¿No se ha llegado todavía á difundir la idea de que todo es ilusión, ó se ha adquirido el convencimiento de que hay algo y no poco de verdad en lo que hace recordar la fábula de Deucalion, que arrojaba piedras y se convertían en hombres? La visita al santuario continúa, el pozo se llena de piedras y fragmentos de teja; yo consigno el hecho, y cada cual puede deducir las consecuencias que le plazcan.

La subida á la cumbre donde se halla el santuario se ha suavizado en los últimos tiempos; hasta mediados de este siglo se hacía la ascensión en pacientes y bien acostumbradas pollinas, únicas que sabían y podían sentar con seguridad su planta en aquella áspera y pedregosa senda y trepar hasta los riscos del santuario. Ahora, ensanchado convenientemente el camino, se sube en coche, á partir de Briviesca, hasta cierta altura en la falda de la montaña, y desde allí en las antiguas cabalgaduras ó á pie.

Hay en las inmediaciones del santuario unas piedras llamadas de Santa Casilda, de forma perfectamente exágona, de unos dos centímetros de ancho y poco más de uno de alto; su color entre topacio y venturina, y su tallado tan fino y correcto que parecen labradas por muy experta mano y con finísimo cincel; en el centro y por los dos lados tienen una punta, semejando ruedas de molino; su materia es yeso cristalizado, de extraordinaria dureza y consistencia. No hay romera que descienda del santuario sin coger algunas piedras como recuerdo de su peregrinación y de la Santa.

IV.

Era un matrimonio todavía joven: él, modesto empleado de cuatro mil pesetas de sueldo, recientemente ascendido á cinco mil.

Sólo una nube empañaba el azul de aquel cielo de felicidad: no había sucesión; mas al séptimo año de consorcio se presentaron síntomas venturosos de un cambio y legítimas esperanzas de aumento de familia.

En uno de los momentos de expansión conyugal la esposa reveló á su marido lo que hasta entonces no había creído oportuno manifestarle: que aprovechando una de sus ausencias oficiales, había ido al santuario de Santa Casilda; le explicó lo que era tal romería, y le dijo haber arrojado al legendario pozo tres trocitos de teja y cuatro piedras.

—¡Siete hijos!—exclamó asustado el marido.—Pero, Pilar, ¿sabes lo que has hecho? ¿Un pobre empleado con cinco mil pesetas, siete hijos? ¿Cómo los mantenemos..... cómo los educamos?.....

—No siempre has de tener cinco mil pesetas; hace un mes tenías cuatro mil; vas á tener un hijo y ya cuentas con mil más; de seguro que para cuando lleguemos al séptimo tienes doce mil y quinientas; que serás Director general....

—O cesante sin derechos pasivos; puede el Ministro tener un sobrino ó amigo á quien dar el ascenso y disponer para ello de mi plaza; entonces estaremos bien con un cargamento de hijos.....

—Ya sabes lo que se dice: que con cada hijo viene un pan á casa.....

—No: el pan no viene; hay que traerlo; y ¡digo!..... ¡siete panes más, ó mejor dicho, veintiun panecillos, cuando se coman á tres por barba! ¡Siete hijos! ¿No hubieras procedido con más cordura pidiendo á la Santa que nos diera los que pudiesen convenirnos, en vez de pedirle siete ó arrojar tantas piedras y tejas al pozo? ¿Cómo salimos de tres hijas y cuatro hijos?

—No se trata ahora de salir de ellos, sino de que entren en casa; las niñas, si son bonitas y bien educadas, tendrán fácil acomodo: de los chicos, haces á uno ingeniero de montes, á otro registrador de la propiedad, al tercero médico especialista y al cuarto.....

—Al cuarto, soldado, para que pueda ascender á cabo ó sargento y obtener con el tiempo un estanco ó una portería; á los otros para que consigan los destinos ó posiciones á que te refieres, les daremos las carreras..... en pelo, porque de otra manera no sé de dónde hemos de sacar el dinero para costearlas. ¿No podrías pedir á la Santa que dejara en parte sin efecto esa especie de voto.....?

—Si quieres que le pida, no que lo deje en parte, sino en todo.....

—Eso no, Pilar, eso no..... Siento haberte molestado..... En fin, sea lo que Dios quiera.....

—Con lo que Dios te dé, con eso te encuentras.....

—¡Es verdad..... es verdad..... pero..... siete hijos!.....

En aquella noche no durmió el futuro padre; ardía su cabeza; imaginaba verse rodeado de un enjambre de chicos, y prescindía de los goces de la paternidad para fijarse en las angustias de su situación financiera. Casi, casi abominaba de la posteridad y aun revolvía en su mente ir al santuario de Santa Casilda, acercarse al pozo y ver de sacar las piedras y tejas que había arrojado su mujer.

Mas la empresa era imposible.

V.

Algunos meses después dió á luz con toda felicidad la esposa una niña. El padre no cabía en sí de júbilo: ya no se acordaba de los apuros que había expresado con vehemencia, ni de los hijos que pudieran venir detrás.

No había para él más mundo ni más ilusiones que su hija.